

EL ECO

Biblioteca Nacional

(2 ejemp.)

Pte.

DE LA LIGA DE DAMAS CHILENAS

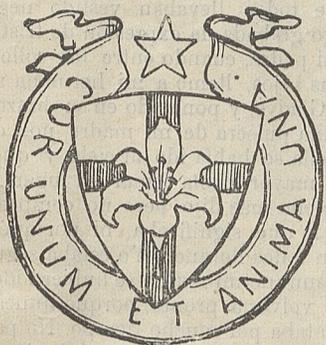
DIOS, PATRIA Y FAMILIA

AÑO I

13 DE OCTUBRE DE 1912

NÚM. 4

DIRECCION: CASILLA 396 SANTIAGO DE CHILE



La lectura

Se ha dicho, y se repite constantemente, que así como el cuerpo se forma, se desarrolla y fortalece según el alimento nutritivo y conveniente que se le da, así el espíritu se cultiva, se dirige y toma rumbo, según el alimento intelectual que, por medio de la lectura, se le comunica. Estamos todas muy convencidas de esta verdad, pero, en la práctica ¿la tenemos en cuenta? Solemos preocuparnos de lo que vamos a comer o que vamos a servir a nuestros hijos para evitar platos dañinos y buscar lo sano y lo provechoso a la salud, y tenemos razón, porque el cuerpo lo debemos cuidar y la salud la debemos mantener en cuanto dependa de nosotras. Es ella un don de Dios, que debemos agradecer y conservar, y que sólo sabremos apreciar cuando nos falte. Pero a más del cuerpo tenemos alma y ella también necesita cuidado; ella se enferma a veces, se debilita, se abate y se entristece o se exalta y apasiona. Ella necesita también alimento y alimento apropiado a su fuerza, a su contestura y a su estado. Démoselo con la lectura, pero con la buena lectura; pues si ésta nutre, sostiene y eleva el alma y la mejora, la otra por el contrario, como los alimentos perniciosos, la daña y la destruye.

Para que sea útil la lectura, debe ser elegida conforme a la edad y a las circunstancias del lector o la lectora. El niño debe tener sus libros y periódicos especiales, que junto con divertirlo lo instruyan y le vayan poquito a poco, formando el criterio moral, recto y sano. Los niños son generalmente apasionados por la lectura y hay que aprovechar de esta afición para darles ideas nobles y fomentar en ellos buenos sentimientos. Más tarde, la disipación de la vida o la lucha por la existencia, les hará perder tal vez esa afición, o les quitará el tiempo necesario para dedicarle. Hay muchos libros escritos para niños; autores de talentos se dedican a este trabajo delicado y sin ostentación; en los catálogos de librerías europeas encontramos numerosas obratas, series de libros y de

cuentos presentados a los lectores jóvenes, y en especial en las de Barcelona, vemos anuncios de bibliotecas infantiles cuyo objeto es más que el negocio, el hacer el bien a los espíritus en formación, de los niños.

Viene después la edad de las novelas y esa es la época difícil para elegir lectura: son tan pocas las novelas completamente sanas! Las hay, sin embargo, y conviene leerlas para distraer el espíritu y sacarlo de vez en cuando de lo positivo y de lo real, que cansa también y empequeñece. Pero que la novela no sea sino a ratos, y con suma moderación, porque si nó, no hallaremos tiempo ni agrado para otra cosa y todo lo que no sea excitante y apasionado para la imaginación, lo hallaremos fastidioso e insoportable.

Es lástima entonces, falsear el gusto de esa manera, y quedarnos sin leer lo útil y provechoso, lo que verdaderamente nos instruya y nos haga mejores. Porque la instrucción que recibimos en el colegio, o con la institutriz, es muy limitada; eso no es más que la base de la verdadera ilustración, que sólo haremos nosotras mismas, con nuestra observación y nuestras lecturas. ¡Qué fuente de goces puros y serenos es la lectura seria, la lectura ordenada y buena! Con unos cuantos libros no hay soledad, no hay hastío; ellos son los compañeros fieles, los amigos de cada día; son los maestros, son los directores que nos guían y nos enseñan, que nos consuelan y nos dan ánimo para cumplir siempre con nuestro deber. ¿No sentimos entusiasmarse nuestra imaginación con los héroes que noblemente han vivido, y no se mueve nuestro corazón con el deseo de imitar las virtudes que en los libros se nos refieren? Pues bien, si damos siempre a nuestra imaginación ejemplos de esa especie, nuestra alma irá nutriéndose de esas virtudes y de esas nobles acciones, y sin sentirlo, irá pensando e irá sintiendo noblemente influenciada por aquello que día a día la va impresionando.

Lo contrario acaece con la mala lectura.

Y a medida que se avanza en el camino de la vida, y que pasa la edad más peligrosa, es siempre necesaria la lectura, y es siempre útil a la instrucción. Si ya no es para nosotras que aprendemos, será para servir los demás, para no quedar demasiado atrás de nuestros hijos y para abrimos extensos horizontes que nos sacarán de las mezquinas apreciaciones y pueriles afanes en que se envuelven y se gozan o se atormentan, las gentes apocadas y vulgares.

En un libro que no me cansaría de recomendar, «*La femme studieuse*», de Monseñor Dupanloup, se encarga que el libro serio e instructivo sea leído con pluma o lápiz en mano y tomando apuntes de su contenido; es así, nos dice el

autor, cómo se aprovechará bien de la lectura y cómo se grabarán en la memoria las ideas y las enseñanzas.

Se nota entre nosotras, y sobre todo entre las niñas, un gran movimiento hacia la intelectualidad; magnífico será este soplo de cultura si se le dirige bien. Aprendamos seriamente los principios de nuestra religión, de la sana filosofía, de la historia y de las letras y después vendrán sin peligro las obras de la imaginación, que sin esos principios nos exponemos a tomar por ciertas las ideas puramente de ficción, y a creer en filosofías y hasta en religiones a la moda, que vienen a trastornar cerebros impresionables de mujeres poco instruidas, y todo eso es edificar sin poner cimientos.

VERÓNICA.

Ecos de la Exposición Monvoisin

En la mitad del siglo pasado, cuando Chile era todavía muy poco más que una colonia, cuando su nombre no era conocido sino como una expresión geográfica que significaba último alejamiento o límite de lo desconocido, apareció en medio de nosotros, cual naufrago inesperado, el eminente pintor francés Monvoisin. No sabemos qué vientos lo empujaron, pero sí estamos ciertos de que su llegada fué positivamente el primer soplo del arte, sentido en medio de la apartada y somnolienta sociedad de Santiago de 1850. Entonces no había críticos ni conocedores, pero a la primera tela que desenvolvió Monvoisin, se produjo la admiración espontánea en los ánimos, y a la primera pincelada que se le vió dar, el aplauso general y la simpatía lo rodearon. Como en el fondo no faltaban mentes inclinadas a lo alto y bello, y quizá en un grado superior, relativamente al de nuestros días, la sociedad entera se hizo amiga de Monvoisin y lo rodeó enorgulleciéndose en él; por poco no lo declararían gloria nacional, como si hubiera nacido en medio de la joven patria.

Viéndose así, como en medio de una nueva familia llena de mujeres hermosísimas, de hombres cultos, de hogares noblemente cristianos, Monvoisin comenzó a fijar en la tela esas fisonomías de un interés tan imprevisto para él; parece que quiso darles por recompensa, a cada uno de ellos, nada menos que la inmortalidad de la obra de arte. Y como la aristocracia del mérito existe y existirá siempre, tenemos ahora por delante esta nueva ejecutoria de nobleza: el abolengo pintado por Monvoisin.

Pero ¿qué grado en el arte ocupaba en Francia este pintor que vino de golpe a producir el pasmo de la admiración en estas apartadas playas? ¿Qué valor de arte tenían sus obras, para que de súbito abandonara el ambiente de Francia para ocultarse y soterrarse en medio del país más lejano de la tierra?

Monvoisin quedó, al espatriarse, fuera de la exacta clasificación de la crítica francesa; no llegó su nombre a dominar en los museos y colecciones de Europa, donde por entonces, lo obscurecían los nombres todavía retumbantes de David e Ingres, de Ary Scheffer y Winterhalter. No duda, sin embargo, el que sabe apreciar y tiene la experiencia del arte que, si de su foco no se hubiera apartado, Monvoisin habría brillado en su tierra con propio esplendor y que habría, acaso, llegado a ser nada menos que el primer pintor francés del siglo.

Los cuadros de gusto clásico que se han exhibido en «El Mercurio», las composiciones históricas y de batalla, revelan inmediatamente la mano maestra y el espíritu preparado que distinguen al artista de primer orden, pues Monvoisin había formado su mentalidad pictórica en la Villa Médicis de Roma, frente al Vaticano y cerca de aquellas grandes obras maestras, apartándose de las cuales, el hombre se pierde, se descamina, se infatúa o se ciega completamente.

En cuanto a los retratos y por cuanto era dable juzgar en la exposición del «Mercurio», no se puede negar que son lo mejor de toda su grande obra. Espejos de otras generaciones, allí nos han mostrado ellos la vida, el pensamiento, la gracia y el valer de los nuestros, que ya no existen sino perpetuados por la vigorosa expresión del artista, que pudo penetrar a aquellas bellas damas, a los valientes guerreros, a los estadistas y otros hombres eminentes que, acaso, con el andar de los tiempos y cuando a las cosas de arte se les atribuya la importancia que tienen, se les llamarán hombres y damas de la época de Monvoisin.

COLONNA.

Pro-arte dramático

En Junio de 1911 se reunía en Madrid la Federación Internacional de Ligas Católicas femeninas, con asistencia de un buen número de señoras, que representaban a los diversos países en que está la Liga establecida. Entre los proyectos presentados al Consejo, llamó especialmente la atención el de la señora Laura Carreras de Bastos, presidenta de la Censura Teatral de Montevideo. Dare-

mos a nuestras lectoras un pequeño resumen de lo que es este interesante proyecto pro-arte dramático, que, por lo demás, ha tenido intensa repercusión en los ambientes cristianos de Europa y América, y que, en parte, ha sido ya puesto en ejecución en la misma Francia.

En los artículos 1.º al 8.º inclusive, está condensada, de un modo minucioso y concluyente, la forma en que la Censura Teatral debe verificarse; sometiéndose los disentimientos de criterio que surjan, al fallo inapelable del Consejo Internacional.

El artículo 9.º establece que se «efectuará en todos los países un beneficio de gala, en los que las localidades se paguen a alto precio; y con el importe se llamará a un torneo Pro-arte Dramático, en el que se premiarán las mejores obras que a éste se presenten; venciendo en tales justas de intelecto, las obras más artísticas y más morales. Dichos beneficios tendrán lugar anualmente».

El artículo 10 destina el «20 por ciento de estos beneficios al Consejo Internacional, para que éste convoque a un gran Torneo en la escena francesa, por ser ésta la que en la actualidad precisa mayor saneamiento, y pone en la escena las producciones mundiales del más radical sensualismo; pudiendo tomar parte en la justa dramática, y ser premiadas con el primer premio, obras escritas en cualquier idioma».

Determina el artículo 11 que «el drama o comedia que salga vencedor en el Torneo, será traducido en todos los idiomas y representado en todas partes del mundo, procurando las Comisiones de Censura, que se paguen siempre los derechos de representación al autor».

La Comisión de Censura no excluye a ningún autor disidente de su dogma, toda vez que sus producciones se ajusten a la más estricta moral.

Trata el artículo 13 de la construcción de teatros por acciones, en todo país donde el ambiente lo permita, y en ellos se podrá representar, además de las obras premiadas, las que sin haber obtenido este honor, sean buenas; pagando, naturalmente, a los autores, los derechos correspondientes.

Los artículos subsiguientes tratan de la oposición que se hará a toda obra que no revista las condiciones artísticas y morales requeridas para su representación, y termina la señora de Bastos, en el artículo 18, con las siguientes palabras:

«Cuando a fuerza de silba eso no se pueda conseguir, aún empleando a los círculos de Demócratas cristianos, Estudiantes, etc., la Comisión hará gestiones ante la policía, para que prohíba dichos espectáculos, manifestando: «que son vergüenza del verdadero arte; oprobio de la civilización, y desquicio de la humanidad, porque socaban la base de la familia noblemente constituida sin cuyo poderoso factor no pueden existir los pueblos libres, si en su piedra angular se permite que la pornografía borre el inmortal lema: DIOS, PATRIA Y HONOR».



Elisa Vaughan

Hace años me encontré en Buenos Aires, con un sacerdote inglés, joven, de figura distinguidísima, alto, rubio; sus grandes ojos azules, límpidos y transparentes, reflejaban la claridad y pureza de su alma: se iluminaban de una luz interior y brillaban a veces del fuego de amor divino que ardía en su corazón de apóstol. Recuerdo que desde la pri-

mera vez que con él hablé, me contó de su madre: había muerto ella quedando él muy niño, era muy linda, era muy santa; *my beautiful mother, my angel mother* la llamaba al nombrarla. Nacida en la religión protestante, se había convertido al catolicismo, poco antes de casarse con su padre, el coronel Vaughan. Diez hijos le vivieron en seguida, seis hombres y cuatro mujeres; y fué tal su santidad y tan cristiana la educación y el ejemplo que dejó a esta familia, que cinco de los muchachos siguieron la carrera eclesiástica y las cuatro niñas se hicieron religiosas. Esta predilección del cielo, me decía el sacerdote, la debemos a los ruegos de nuestra madre angelical; ella pasaba, cada día, una hora entera delante del Smo. Sacramento, y en esa hora en que se veía resplandecer su semblante de dulzura celestial y de amor ardiente a Jesús Sacramentado, ella pedía al Señor allí presente en la Eucaristía, la vocación para sus hijos y la santidad para todos ellos.

Murió la madre, joven todavía, y desde el cielo vió el triunfo de su fe y la realización de sus deseos. Todos, menos uno, siguieron a Cristo y fueron apóstoles de su doctrina y de su amor, y todos, nobles de alma como de figura, se han hecho notables por su talento y su virtud.

El recuerdo de esta familia me lo ha traído un artículo, recién publicado en una revista norte-americana, intitulado: *Una madre de sacerdotes*. El artículo se refiere a Elisa Vaughan y da interesantísimos datos sobre esta señora ejemplar. No pudiendo transcribirlo todo entero, daremos sólo la relación que uno de los hijos, el P. Bernardo Vaughan, el famosísimo predicador Jesuita, hace al historiador de la vida del otro Vaughan, del gran cardenal arzobispo de Londres. Es tierna y conmovedora esta relación, y creo que dejará una impresión provechosa en el corazón de mis lectoras, como me la ha dejado a mí. Ah, si las madres, estuviéramos más penetradas de nuestra misión, qué prodigios no sacaríamos de nuestros hijos; pero nos falta el espíritu de fe y el verdadero fervor en las cosas divinas; mas, oigamos lo que era esa madre ideal...

CARTA DEL P. BERNARDO VAUGHAN

«Querido Juan: Me has pedido que mande mis recuerdos de Courtfield, de los días de mi infancia. Yo era niño pequeño cuando perdimos a nuestra madre. Y aún ahora, después de medio siglo, no puedo pensar sin conmoción en esta gran pérdida. Para nosotros era ella el verdadero ideal de todo lo amable y santo. La considerábamos y no sin razón, perfecta en todo sentido. De modo que su bendición era para nosotros mucho más, aún, que sus caricias. Me acuerdo muy bien de cómo nos precipitábamos a su encuentro cuando ella entraba a nuestras habitaciones, para ver quién sería el primero en besar su mano con reverente devoción. Entonces se sentaba en el suelo, con media docena de nosotros a su alrededor, nos prestaba su crucifijo y sus medallas, o sacaba su reloj y poniéndolo en el oído de alguno de nosotros, decía: «La vida está pasando tan ligero como el *tic tac* de este reloj, y cuando el corazón deje de latir, será señal que Dios no quiso darle más cuerda, porque lo necesitaba en la Patria para celebrar la fiesta que nunca tendrá fin». Y, por supuesto, que mañana y tarde nos hincábamos, siempre a su alrededor, para recitar nuestras oraciones infantiles y en seguida nos llevaba a la capilla, y cuando era día de fiesta nos permitía besar el mantel de altar y aún el mismo altar.

Nuestra madre nos recordaba siempre, que ahí en el Tabernáculo, estaba continuamente. Uno que nos amaba aún más que ella, Uno que estaba siempre dispuesto a acogernos cuando le visitáramos...

Cuando me pongo a recordar, me parece que realmente no podía ella hablar más que de Dios, de los pobres, o de nuestro padre. Nos pintaba el cielo de una manera tan real, que estábamos seguros de conocerlo mejor y de amarlo aún más que nuestro propio hogar, donde, por lo demás, hasta que ella murió, éramos extraordinariamente felices. Con sus enseñanzas nos hacía tan atraente la religión, y con los episodios que nos contaba de la vida de los santos, nos parecían éstos tan fascinadores, que los amábamos como a nuestros íntimos amigos, y ella nos aseguraba de que realmente lo eran.

Nuestra madre se hacía un deber de enseñarnos, a los más pequeños, toda clase de prácticas piadosas infantiles, y a los mayores los solía interrumpir por un momento en sus lecciones, para recordarles la presencia de Dios en medio de ellos. Pero lo que no se cansaba nunca de recordarnos, era la agonía de Nuestro Señor en el Huerto y su sagrada Pasión y muerte. «Contemplan las cinco llagas, nos decía, y traten de imaginarse todo el dolor soportado y toda la sangre derramada por ustedes. No deben olvidar nunca, ni en toda su vida, que deben amar, más que nada en la tierra, a esas Preciosas Llagas. Si alguna vez ofenden a Dios, será por haber olvidado lo que a Él le han costado».

Y a cuántas industrias no recurríamos nosotros para mantenernos despiertos, cuando, en la noche, venía de cama en cama a darnos su bendición y a cruzar nuestras manos sobre el pecho, repitiéndonos fervorosas jaculatorias!

Había algunas costumbres que mi padre cuidaba no dejáramos de observar; por ejemplo, que tomáramos asiento entre los niños de la escuela del pueblo, cuando venían al catecismo, los días Domingos, a nuestra capilla; y el capellán tenía orden de ser especialmente severo con nosotros, si no contestábamos correctamente. Le gustaba que diéramos de lo nuestro, y no solamente los juguetes viejos, a los niños pobres; y nada le agradaba más, que vernos ayudando a nuestra madre a llevar a los necesitados, verdaderos cargamentos de objetos que les fueran útiles. Cuando alguien le decía que no debía llevar a sus niños a sitios donde pudieran talvez recibir algún contagio, ella contestaba, «cualquiera enfermedad sería de poco precio, en cambio de poder ejercer este privilegio divino, pero Dios tendrá cuidado de mis hijos y me suplirá donde no alcance mi amor». Su afecto por los pobres era casi una pasión, y si no hubiera sido por sus hijos, todo lo habría dado. Lavar a los que estaban prostrados, cambiarles sus camas, barrer sus aposentos, eran oficios que hacía con verdadero orgullo. Ni aún cuando estaba seriamente enferma, quería que llamasen a otro médico que el de la parroquia, protestando de que si era bastante bueno para sus hermanas más pobres, también lo sería para ella.

Como no había podido buscar la perfección en el estado religioso, se propuso ella alcanzarla en la esfera de la vida en que Dios la había colocado. Me dicen que rezaba diariamente el Oficio Divino, y cuando estaba demasiado enferma para rezarlo ella misma, pedía que otros se lo recitaran. Murió mientras se rezaba en su aposento el oficio de completas...

En su niñez había pasado largo tiempo en París, recibiendo lecciones de di-

bujo, pintura, canto y música, y nada nos gustaba más que reunirnos en el salón para oír los himnos que ella misma se acompañaba en el harpa, y en el momento que nos veía más entusiasmados, se detenía un instante para advertirnos que eso era una simple disonancia, en comparación con las melodías del paraíso. Le gustaba siempre atizar nuestros deseos por el cielo. En aquel tiempo era muy sabido, en todo el condado, que no había hogar más alegre, más entusiasta y santo que el de Courtfield.

No podría concluir sin referir el vacío irreparable en que quedamos, cuando Dios nos llevó a nuestra madre. Fué una catástrofe. Yo estaba demasiado niño para comprender bien lo que había pasado; lo que más vivamente recuerdo es haber bajado a la biblioteca, que estaba con los postigos cerrados, y donde todos llevaban vestido negro. Tengo grabada la expresión de tristeza de mi padre, cuando entre los sollozos de sus hijos, llamó a mi hermana mayor, Gladys, y poniendo en su brazo la sencilla pulsera de mi madre, nos dijo que ella se había ido al cielo y que la hija mayor debía tomar su lugar.....

Mucho más dijo pero no comprendí bien lo que significaba, ni por qué estaban todos llorando. Yo estaba seguro, que aunque mi madre se hubiera ido al cielo, volvería pronto, porque nunca se ausentaba por mucho tiempo. No parecía creíble que se pudiera vivir sin ella. Muy gradualmente me fui dando cuenta de la realidad, y desde entonces ninguna otra cosa me parecía tener importancia. Casi nunca hablábamos de nuestra madre, porque, sólo de mencionar su nombre, se despertaban sentimientos que no podíamos contener. Herbert (el cardenal) hasta en sus últimos años, no se atrevía a hablarme de ella; a veces, cuando me aventuraba a preguntarle sobre los recuerdos que de ella conservaba, su rostro se encendía, y después de decirme que nunca ha habido nadie como ella, cambiaba de conversación; y hasta su muerte llevó siempre consigo una pequeña imagen de ese rostro que tan dulces emociones evocaba.



Un teatro cristiano en Nueva York

Pronto tendrá Nueva York un teatro cristiano en Broadway, la principal de sus avenidas, donde se encuentran a cada paso las iglesias y los palacios, los teatros y los hoteles, rivalizando de esplendor y de riqueza. La iniciativa se debe a Miss Eliza Lummis, que fué inspirada en su proyecto por el feliz éxito que tentativas semejantes han tenido en varias ciudades europeas. París, por ejemplo, tiene un teatro católico propio, el teatro *Renaissance*, con su cuadro especial de artistas, que hasta ahora ha dado muy buen resultado y mucho provecho.

Este nuevo teatro de Broadway abrirá sus puertas al comenzar la estación de otoño, después del Congreso de caridad Católico que tendrá lugar en Washington en el mes de Septiembre, en el cual se expondrán sus planos y su organización.

La empresa se propone suplantar con espectáculos morales y aún de carácter religioso, las representaciones de moralidad dudosa de otros teatros y será una protesta positiva contra estos mismos. Ninguna obra se pondrá en escena sin previo examen de un consejo de laicos,

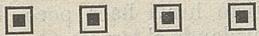
nombrado por la autoridad eclesiástica de la Arquidiócesis de Nueva York.

«Nuestro propósito, dice Miss Lummis, es hacer un llamamiento general a todas las personas honradas, cualesquiera que sea su credo religioso. Mucho se ha criticado y censurado, hasta ahora, la escena y el tono inmoral de las representaciones. Pero no se ha ido bastante lejos. Queremos suplantar las piezas malas por buenas, y alentar las producciones de ideal más elevado».

Los interesados en el movimiento teatral han podido notar que las representaciones religiosas, han despertado estos últimos años gran interés y discusión tanto en Nueva York y Filadelfia, como en París, donde gracias a los esfuerzos de la Liga Patriótica se consiguió se retirara de la escena el «San Sebastián» de d'Annunzio.

«Sister Beatrix» que ha sido muy admirada y «El Milagro» que fué tan repetida en Londres últimamente, han sido escritas tomando por base una idea análoga a la de Miss Lummis.

(Del Catholic Standard).



Palabras pontificias sobre las buenas lecturas

S. S. Pío X escribía el 1° de Enero de 1908, a los directores de la Liga húngara para la difusión de buenos libros y el desarrollo de la prensa católica, una carta muy importante que tiene un alcance universal y trae declaraciones dignas de fijar la atención de nuestras señoras.

«Nos regocijamos en extremo, dice, de ver que los católicos de Hungría hayan reconocido y comprendido perfectamente que la fuente envenenada y funesta de los males que cada día nos invaden más y más, es la difusión de la mala prensa, y que no hayan descuidado de tomar la firme resolución de oponerse a ella con todas sus fuerzas. El reciente congreso que han tenido, es digno de alabanza por haber comprendido esta necesidad, y merece colocarse por encima de todos los congresos que le han precedido, por haber fijado su atención sobre la extensión del mal y sobre los efectos perniciosos que ya ha producido, y sobre todo por haber buscado un remedio que oponerle, creando una Liga cuyo fin será resistir enérgicamente a la difusión de libros malos y luchar por la defensa de la fe y la moral, con las mismas armas que emplean nuestros enemigos contra nosotros, es decir, correspondiendo a escritos con escritos, a periódicos con periódicos, a libros con libros».

No hay duda que nuestro siglo, más que ningún otro, merecería llamarse el siglo de la prensa; pero es deplorable ver que esta potencia, que crece cada día, no haya permanecido al servicio de la fe y de la virtud, sino que por un abuso funesto de la protección que le conceden las leyes, excita y mantiene la guerra contra la religión, introduce y sanciona las costumbres más condenables, fomenta las luchas entre ciudadanos, desencadena pasiones desenfrenadas, en una palabra, se encarna cada día en propagar al público, todo lo que es capaz de corromper los espíritus y los corazones.

Recordando el deber que nos incumbe de vigilar a todo nuestro rebaño y desviarlo de los pastos nocivos, para conducirlo hacia los buenos, más de una vez no hemos dejado de hacer oír nuestras advertencias a los reinos, a las repúblicas, a los individuos, invitándolos a unirse y a poner sin demora sus fuerzas en común, si quieren conservar la públi-

ca profesión de la fe y las virtudes que produce la sangre de Cristo...»

El deseo del Pontífice debe ser orden para nosotros. Sí, en todas partes esta palabra venerada debe tener eco, y eco eficaz que ponga en obra a todos los católicos del universo. Es ella un grito de alarma, un llamado a la defensa y a la salvación de nuestras ideas, de nuestra fe y de nuestra moral. Todos, a medida de nuestras fuerzas, oigamos ese llamado paternal y juntemos nuestras energías para cooperar al mejoramiento de la imprenta. Todas, y cada una de nosotras, puede contribuir a esta tarea: rechacemos lo malo, lo que ataca a Dios, a la Iglesia y a la pureza de las costumbres; leamos y propaguemos lo bueno, lo cristiano, lo sano, lo inocente. Hay mucho bueno que leer y lo hay en lo serio, en lo instructivo y en lo ameno; preferámoslo siempre.

Ya nuestra Liga se prepara a ofrecer una biblioteca, en la cual encontrarán las señoras y las niñas de la sociedad, una gran variedad de libros. Así podremos facilitar la lectura y fomentar esa distracción inteligente en nuestras jóvenes, deseosas de instrucción y de goces intelectuales.



Los escritos de Sta. Teresa

La primera edición que se hizo de las obras de la gran santa y famosísima escritora Teresa de Jesús, en el año de 1588, llevaba como prólogo o introducción una carta del Maestro Fray Luis de León, el poeta de la afamada oda a la vida del campo, de los cantares y de las clásicas traducciones de Horacio y de Virgilio. Empieza el muy letrado fraile por decir que no conoció ni vió a la Madre Teresa de Jesús mientras «stuvo en la tierra; mas, que después que ella vive en el cielo, la conoce y la vé, en dos imágenes vivas que de ella dejó, que son sus hijas y sus libros. Hace en seguida, una preciosa relación de lo que son las hijas e imitadoras de la santa Madre, aquellas que «desasidas de todo lo que no es Dios, y ofrecidas en sólo los brazos de su Esposo divino, y abrazadas con Él, con ánimos de varones fuertes en miembros de mujeres, tiernos y flacos, ponen en ejecución la más generosa filosofía que jamás los hombres imaginaron, porque huellan la riqueza y tienen en odio la libertad, y desprecian la honra, y aman la humildad y el trabajo».

Y después de completar el admirable retrato de esta primera imagen de la Santa, continúa con la segunda, que son los escritos y libros: «en los cuales, sin duda ninguna, quiso el Espíritu Santo, que la Madre Teresa fuese un ejemplo rarísimo. Porque en la alteza de las cosas que trata, y en la delicadeza y claridad con que las trata, excede a muchos ingenios; y en la forma del decir, y en la pureza y facilidad del estilo, y en la gracia y buena compostura de las palabras, y en una elegancia desafiada que deleita en extremo, dudo yo, que haya en nuestra lengua escritura que con ellos se iguale. Y así siempre que los leo, me admiro de nuevo, y en muchas partes de ellos me parece que no es ingenio de hombre el que oigo; y no dudo, sino que hablaba el Espíritu Santo en ella en muchos lugares, y que la regía la pluma, y la mano: que así lo manifiesta la luz que pone en las cosas obscuras y el fuego que enciende con sus palabras en el corazón que las lee».

Más de tres siglos han pasado desde que se publicaron estas palabras, y la

fama de la santa escritora, no ha hecho más que crecer, y su gloria resplandecer cada vez más. La gloria de Santa Teresa es gloria para la mujer; debemos sentirnos orgullosas de su talento y de su santidad. Su lenguaje, en apariencia descuidado, es considerado elegantísimo y de un perfecto classicismo, la sublimidad de sus ideas y pensamientos son reputados a la altura de los más ponderados doctores en teología.

Uno de los escritores contemporáneos (a quien por cierto no se puede tachar de fanatismo), que ha manejado con más maestría el idioma de Cervantes, don Juan Valera, declara a Santa Teresa un prodigio de talento, y la enaltece como nadie lo había hecho hasta ahora. En su discurso *Las escritoras en España*, leído en la Real Academia Española, el 30 de Marzo de 1879, dice, después de elogiar a doña Gertrudis Gómez de Avellaneda: «quiero consagrarme todo a otra mujer, a otra poeta, a otra hija de nuestra España, y una de sus glorias mayores y más puras; la cual, aún considerándolo todo profanamente, me atrevo a decir sin pecar de hiperbólico, que vale más que cuantas mujeres escribieron en el mundo.

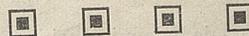
«Mi pluma talvez la ofenda por torpe e inhábil; pero mi intento es sano y de vivo entusiasmo nacido. Mi admiración y mi devoción son tales, que si respondiese mi capacidad a mi afecto, diría yo algo digno y grande en su elogio.

«Bien pueden nuestras mujeres de España jactarse de esta compatriota y llamarla sin par. Porque, a la altura de Cervantes, por mucho que yo le admire, he de poner a Shakespeare, a Dante, y quizás al Ariosto y a Camoens; Fenelón y Bossuet competen con ambos Luises, cuando no se adelantan a ellos; pero toda mujer que en las naciones de Europa, desde que son cultas y cristianas, ha escrito, cece de la palma y aún queda inmensamente por bajo, comparada a Santa Teresa».

Sepamos, pues, también nosotras apreciar a esta mujer que nos da honra y prestigio. Leamos sus obras: al principio nos extrañará su estilo original y libre; a veces no comprenderemos a la primera lectura, por ese desaliño ingenioso con que antes que acabe una idea, mezcla otra nueva, como que su imaginación desbordara en ideas; y que éstas, brotando de su genial cabeza, o más bien de su corazón ardiente, saltaran al papel, sin orden ni medida, pero con tal habilidad, que, como dice Fray Luis de León, ese mismo vicio le acarrea hermosura.

Leamos una y varias veces a Santa Teresa, y aprovecharemos doblemente, aprendiendo a conocer mejor nuestro idioma bellissimo español, y a admirar y desear para nosotras las gracias y mercedes con que Dios regala a los que le aman.

MARCELLA.



Rápidos progresos

Nuestras lectoras habrán notado que el ECO DE LA LIGA DE DAMAS CHILENAS, ha ido mejorando en su forma y en su material, cada vez que ha aparecido. El número del 1.º de Octubre salió ya adornado de su escudo que es el blasón de la Liga, y que, como habrán comprendido todas nuestras adherentes, simboliza la cruzada emprendida por esta Liga. Cruzada por la pureza de costumbres, apoyada en la fe y sostenida

por la unión de almas y de corazones. En la estrella que corona la cruz de nuestro escudo, reconoceremos a Chile, la patria querida, a quien queremos servir junto con Dios y nuestra familia.

Hoy podemos anunciar a las suscriptoras del ECO DE LA LIGA un nuevo progreso en su periódico: gracias a la buena acogida que se le ha dado y a la vida y actividad que van tomando los trabajos de la Liga, se ha resuelto publicarlo quincenalmente. Contamos para esto con nuestras adherentes y suscriptoras, que se han de empeñar en propagar esta hojita, y que la han de ayudar y mantener como cosa propia y que les pertenece.

LA REDACCIÓN.



A nuestras suscriptoras

Rogamos a nuestras suscriptoras se sirvan devolver al correo, con la dirección exacta de su domicilio, la tarjeta que recibirán junto con el Eco. Así se facilitará el reparto y podremos contar con que reciben el periódico, con toda seguridad. También les rogamos se sirvan prevenir todo cambio de domicilio.

PREGUNTAS

En la crítica de libros de «El Mercurio», veo que Omer Emeth casi encuentra razón a un joven escritor que dice: Las literatas o mujeres sabidas causan asco, repugnancia, fastidio; tenemos la conciencia de que son monstruos, seres anómalos, de corazón atrofiado; que son malas mujeres y peores esposas...»

Esto me ha inquietado ¿qué piensa usted?

UNA AFICIONADA A LETRAS.

Contestación.—Me extraña que persona tan erudita y tan inteligente como el crítico de *El Mercurio*, no repruebe esa injusta apreciación. Con nombres históricos muy conocidos podrá usted refutar la máxima del joven escritor. Santa Teresa y Santa Catalina de Sena fueron más que buenas mujeres. Clotilde de Surville y Victoria Colonna fueron esposas incomparables. Madame de Sévigné amó a su hija con pasión, y Eugenia de Guérin se desvivió por un hermano. Fernán Caballero, Lady Fullerton y Madame Craven fueron mujeres consagradas a su familia y a los pobres. Y entre nosotras, Iris y Shade son buenas esposas, excelentes madres y mujeres encantadoras. No se asuste, pues, usted, y mientras cumpla bien con todos sus deberes, y no tome ninguna extravagancia ni pedantismo, siga cultivando su afición, que es noble y digna de la mujer.

A una suscriptora del Eco.—La obra, que por ahora está organizando la Liga, a favor de señoras pobres, es con el objeto de ayudarlas a ganar su vida, protegiendo y facilitando su trabajo. Se tendrá, sin embargo, en cuenta a su recomendada.

AVISOS

Las personas que dirigen sociedades piadosas y de beneficencia, pueden aprovechar esta hoja para dar a conocer sus obras y sus necesidades. El ejemplo de sus trabajos y de sus éxitos nos servirá de aliento y de estímulo en nuestras empresas.

Se recibirán también avisos y anuncios de sociedades y reuniones. Estos y las colabora-

ciones se ruega mandarlas a: «Dirección de EL ECO DE LA LIGA» Casilla 396. Santiago.

Para todo lo que se refiere a suscripciones, se ruega dirigirse a la Señora Lucía Solar de Fernández, tesorera de La Liga, Calle Ejército N.º 266. Teléfono 977. El precio de suscripción anual es de \$ 5.

Como hay muchas señoras cuyas firmas no ha sido posible solicitar personalmente, se ruega a las que deseen adherirse a la Liga, den su nombre y dirección a la Señora Adela Edwards de Salas, secretaria de La Liga. Catedral 1294.

Se pide a las colaboradoras del ECO DE LA LIGA, que excusen si a veces hay que acortar algo los artículos que tienen la bondad de mandarnos, y se ruega que los hagan cortos, por la escasez de espacio.



«LEUR VIEILLE MAISON»

(Del autor de *Un Rayo de Luz*)

No son los enormes volúmenes, cuajados de notas y de citas históricas, los que más llaman la atención ni los que son más buscados por el alma femenina. Lo que la mujer quiere es lo sencillo, lo natural, lo que más conmueva su corazón sensible, inclinado al bien.

Por esta razón, al hablar de «*Leur vieille maison*», no miramos al escritor, ni pensamos en la crítica que de él puede hacerse; miramos sólo la nobleza de sus personajes y la desgracia, la destrucción de sus amores en aras del sacrificio o de la muerte.

Lo que nos pinta Monlaur es un hogar suntuoso, una familia que ha vivido en la opulencia, sin olvidar las tradiciones de sus antepasados, y penetrada del deber de conservar la dignidad de su alcurnia, junto con la mansión que por largos años les ha pertenecido.

Pero les acecha la desgracia, o más bien el dón que Cristo ha legado a sus elegidos. Muere el abuelo, dejándoles abundante patrimonio y nobilísimos ejemplares.

El banquero, depositario del tesoro de la familia, y que cuenta con toda su confianza, hace una bancarrota inesperada, que como traidor rayo cae sobre aquellos seres excepcionales. Todos se miran con espanto, pero todos están de acuerdo en evitar a la madre venerada, la magnitud de la catástrofe, y el martirio que se prepara a esos hijos tan dignos de ella.

Principia el calvario: Francisca roba las mejores horas del día para trabajar sin descanso, haciendo traducciones del inglés... Llena de esperanzas las envía a un diario; se resisten a aceptarlas, desean algo más nuevo, más de actualidad. Un desencanto profundo se apodera del alma de Francisca, es necesario ganar para vivir; principia nuevamente a traducir, ya no con la fe de antes, sino llena de desaliento. Pedro, mientras tanto, se agota en sus estudios, en preparar su tesis para recibirse de médico. Por fin rinde una espléndida prueba final, que le presagia feliz porvenir. Ya es médico; con abnegación visita a enfermos pobres y tiene que recibir de ellos salario; pero el alma de sus antepasados, de los altivos y nobles caballeros, que en él vive, se resiste a recibir de estos pacientes, el pan que ellos también necesitan. La lucha, el esfuerzo moral en que vive, rinde sus energías y mina su salud, y con ansiedad se pregunta: ¿tendré que abandonar a los seres que amo, a mi familia, a mi prometida? No; viviré, buscaré climas más propicios; iré a Algeria, y a costa de sacrificios reemplazaré allá a un médico que viene a Francia. Efectivamente, va a esas lejanas tierras, de sol esplen-

doroso. La vista del mar, que sugiere la idea de lo infinito, renima por un momento sus pocas fuerzas. Escribe cartas consoladoras, casi entusiastas; pero él sabe que está perdido, sin remedio. La fatiga, el cansancio, lo obliga a regresar a su patria y llega el momento de abandonar todo, amor, porvenir...

En los supremos momentos de eterna despedida, suplica Pedro a Francisca que abandone las traducciones y escriba un libro original; y ella lo promete. Pone manos a la obra y escribe páginas que revelan el ensueño de su alma generosa y cristiana. Un gran éxito corona sus esfuerzos, todo el mundo quiere conocer ese fruto primero de una escritora hasta entonces desconocida. La venta del libro asegura su porvenir y el de su madre, casi ciega ya de tanto llorar.

Pero esos elogios no halagan al espíritu de sacrificio, que existe latente en el alma de Francisca: necesita salir de esa atmósfera que la ahoga, ver otros panoramas, encontrar algo que la fortifique. Con esta idea, acepta el convite de una amiga para ir a Egipto. Allá la espera la realización de aspiraciones que no tenían aún forma determinada. Un noble español se enamora de ella, y al ver que la superioridad de Francisca lo intimidaba, se resuelve a hacer la confianza a la amiga, que lo acoge con entusiasmo. Nada resuelve Francisca, espera volver a Francia y entonces decidirá...

Al surcar nuevamente el mar, piensa en su felicidad y piensa también en los seres que la esperan llenos de ansiedad; ¿dejará a su madre? Dejará abandonadas las tumbas de sus abuelos, la de su hermano? O tendrá siempre que luchar y que vagar en esa querida y solitaria casa? Qué hacer? Vuelve a su hogar, llena de incertidumbre; allá se encuentra con la novia de su hermano, que ha buscado alivio a su dolor, haciéndose hija de San Vicente. Ella comprende la lucha que turba el corazón de Francisca y le suplica que resista a todo ensueño de amor humano; que con su pluma lleve paz y consuelo a las almas inquietas, y con su abnegación cuide de los pobres que la reclaman, aceptando sin titubear el sacrificio. Ella escucha, comprende que la inmolación es preferible y accede a todo... el holocausto está consumado.

¡Cuánta belleza hay en la última parte de este libro! Todos soñamos, todos deseamos la felicidad, una felicidad que aquí abajo no existe, porque estamos destinados a una vida mejor, a una dicha suprema, que la tierra no puede dar.

ELISA.

CORRESPONDENCIA

Valparaíso, Septiembre 28 de 1912.

SRA. AMALIA E. DE SUBERCASEAUX
Santiago.

Señora de toda mi consideración:

He tenido el gusto de recibir la atenta carta que Ud. y el Directorio de la Liga de Damas Chilenas de Santiago han tenido a bien enviar, por mi conducto, a la Federación de Señoras de Valparaíso.

Es muy satisfactorio para las señoras que forman esta Federación, y para mí particularmente, el poder hacer algo en obsequio de esta obra de defensa social en que estamos todas empeñadas, y en cuya iniciativa ha cabido a Ud. parte tan importante.

Dado el entusiasmo que han manifestado en Valparaíso todas las distingui-

das señoras que forman la Federación, no dudo de que sus esfuerzos serán coronados con el éxito más halagador.

A nombre de nuestro Directorio acepto y retribuyo cordialmente las expresiones de fraternidad con que Uds. nos favorecen; y, particularmente, agradezco sus felicitaciones por mi intervención personal.

Su muy atenta servidora

ESTER RIESCO DE BORDALÍ.

Santiago, Octubre 1.º de 1912.

DIRECCIÓN DE LA LIGA:

Aplaudo con entusiasmo la idea sugerida por MARÍA, a propósito de la protección por medio del trabajo, a la señora decaída. No hará menos de diez años, leí en un diario de París, la invitación que hacía el Comité de damas de la nobleza francesa, que patrocinaba la Sociedad denominada «L'ABEILLE». Era a principios de Diciembre, cuando todo el mundo piensa en los Aguinaldos de Navidad y Año Nuevo; en esos días se abría en el centro de París, al lado de «*Les Trois Quartiers*», un vasto almacén donde se exhibían objetos de gusto delicadísimo, fabricados por aquellas señoras para quienes la fortuna no había sido propicia.

Si la Liga de damas chilenas emprendiese una obra semejante, podría pedir a París los estatutos de la ya mencionada «L'ABEILLE», calle de la Boétie, bajo la dirección de la condesa Bruneel, princesa Murat y otras; o bien a la *Adelphi*, faubourg St Honoré. Obras de este género existen también en los Estados Unidos, citadas por Jules Huret, en su libro sobre aquel país. Conviendría estudiarlas, en vista del sentido práctico que acompaña todo lo que se relaciona con nuestros simpáticos amigos los yankees.

Como este asunto me ha preocupado desde hace algunos años, y he podido cambiar ideas con algunas amigas, me he informado también de que esta protección mutua de damas existe en Buenos Aires.

Felicito, pues, muy cordialmente a MARÍA por haber tomado la iniciativa en una obra digna de estudiarse, sobre todo, porque su no existencia en Chile es tal vez el único vacío de la beneficencia, tan fecunda en las demás esferas sociales.

El espíritu de la Liga estaría, de ese modo, conforme con las palabras de la Epístola: «La Religión pura y sin mancha ante Dios Padre es: socorrer a la viuda y al huérfano en sus tribulaciones y preservarse de la corrupción del siglo».

AMELIA.

Viña del Mar, 4 de Octubre de 1912.

Mi querida Lucía:

Por cumplir mi promesa, y de carretera, les voy a mandar las noticias que he podido coger en mi corta estadía por acá. Empezaré por los ecos del Eco.

La amiga que con tan buena voluntad se ocupa en propagarlo ha recogido ya muchas suscripciones y cree juntar pronto algunas más; me dice que el periódico ha gustado y que cree hará bien.

En Valparaíso se ha hecho cargo de darlo a conocer una niña muy capaz y muy activa que, a pesar de ser muy joven, es ya experimentada en buenas obras. La encontré hoy en el retiro de las Hijas de María, en las monjas del Sagrado Corazón. Allí pasé un rato muy agradable; oí dos preciosas pláticas del señor Gobernador Eclesiástico; conversé con la buena madre Gandarillas y tomé el té con amigas, conocidas en Río

Bueno, lo que es como decir amigas y compañeras que han compartido íntimamente penas y alegrías. Todas ellas se mostraron entusiastas del Eco, y me anunciaron nuevas suscripciones.

En Viña del Mar he encontrado bastantes adelantos: no hay duda que esta población es la que tiene aspecto más europeo y que parece prosperar más ligero. Se queja, sin embargo, la gente que la vida es muy cara y que todo es escaso, y así lo es en realidad. ¿Por qué las autoridades no tratarán de remediar esa carestía de los alimentos, tan terrible para los pobres?

En cambio, los pavimentos se están componiendo, lo que será muy bueno para los carruajes santiaguinos y los innumerables automóviles que han de venir este verano, y la playa está en grandes trabajos de ensanchamiento; quedará un magnífico paseo. Y otra cosa encontrarán las santiaguinas que les dará mucho gusto, algo que hacía una gran falta: la iglesia, si no concluida, por lo menos habilitada y con puertas y ventanas, sin peligro a pulmonías, a ventarrones o a chubascos, como la hemos visto hasta hace poco. Precioso está quedando el templo que figurará entre los mejores de Chile; su arquitectura es elegantísima y cada detalle es de arte refinado. Es un goce verdadero el contemplar el conjunto de ese edificio, y el reparar una a una las hermosísimas vidrieras, regaladas todas por personas conmovidas, y llevando cada una el santo patrono o protector de la familia.

Pero todavía faltan muchas cosas a la iglesia; el esfuerzo para juntar recursos tiene que seguir adelante, y el sacrificio y la abnegación tienen que continuar en esa obra tan meritoria y tan indispensable.

Hasta otro día, se despide su afectísima amiga

S. M. DE F.

Crónica de La Liga

En la última reunión se dió cuenta de cómo no se había tenido tiempo de avisar, por los diarios, que la ópera *Conchita* era escabrosa, según clasificación de la Liga del Uruguay. Dicha Liga avisa, además, que fuera de *Salomé*, de Strauss, ninguna otra ópera es conveniente; pero sí, escabrosas para niñas, *Conchita*, *Zazá* y *Tohisfris*. *Zazá*, en drama, es *inconveniente*.

Fué aplaudida la idea de que, si alguna vez volviera a ser sorprendida la Liga, con obras como *Conchita*, se salieran del teatro todas las señoras, para dar así una lección a los empresarios: así pondrían más cuidado en los espectáculos que dan al público.

La señora Elena Roberts de Correa, presidenta del comité de libros, pidió se nombrara secretaria de este comité, a la señora Elvira L. de Subercaseaux, la que fué aceptada. Manifestó también, haber dado algunos pasos para poder abrir pronto la librería, lo que se facilitará mucho, si la Federación de obras católicas presta su ayuda.

Se dió cuenta de que la Presidenta de la Liga desea abrir próximamente la tienda denominada «Industria femenina», que tendrá por objeto ayudar a las señoras que necesitan de su trabajo para vivir, poner ahí en venta trabajos confeccionados por ellas, sea bordados, encajes, costuras, dulces, todo lo que fuere obra femenina y de buen gusto.